

Marie Dominique DE SUREMAIN

RESUMEN

Un espacio vacío es un espacio apropiable. Es éste el caso de las calles de Bogotá y sus emergentes colonizadores: los «desechables», las «bandas», los «vagos», los «indigentes». Este fenómeno de colonización de las calles —que también atestiguamos en Río, Medellín, Lima y Caracas—, mal puede entenderse con el nuevo paradigma de «desarrollo sustentable» y menos con referencia a la gestión urbana; éste se presenta como una suerte de eufemismo que persigue encubrir el fracaso del viejo paradigma de «desarrollo económico y social».

Reentender el proceso de colonización del espacio público es, antes que nada, mirar la realidad desde adentro del espacio colonizado, para identificar los códigos internos que rigen la conducta de quienes se apropian del espacio: terratenientes, revendedores de espacio ...; las leyes que norman esa suerte de resistencia pasiva de los colonizadores ante las autoridades instituidas y ante la «justicia privada» (v.gr.: escuadrones de la muerte); y finalmente, la base económica que permite la sobrevivencia de los colonizadores de la calle. La tesis sostenida en este trabajo plantea justamente, que la colonia de «desechables» que ocupa los espacios vacíos de una ciudad existe gracias a los desechos urbanos.

¿ DE QUIEN ES LA CALLE ? ¿ DE QUIEN ES LA BASURA ?

SUSTENTABILIDAD URBANA Y RECICLAJE

Desde la Conferencia de Río o Cumbre de la Tierra, sólo se habla en las esferas internacionales y nacionales de «desarrollo sustentable», como si se pudiera exorcisar con una nueva frase el gran fracaso de las pretensiones del «desarrollo económico y social» o de cualquier término que se refiera al estilo de vida importado que domina nuestros imaginarios y nuestras vidas.

No existe una teoría del «desarrollo urbano sustentable» o del medio ambiente urbano. Existen intentos de definición e imágenes borrosas que nos llevan a soñar una ciudad distinta de la que conocemos, una ciudad verde, a escala humana, solidaria, democrática, vivible... pero esta ciudad no existe.

En la historia de la planificación urbana y del ordenamiento territorial, ya hemos renunciado a frenar el crecimiento urbano de las metrópolis y dar la prioridad de equipamiento a las ciudades intermedias. Se han agotado las estrategias globales desde muchos puntos de vista, y estamos en la era de la gestión urbana.

¿Significa esto que se deba renunciar a enderezar (o torcer) el rumbo actual del desarrollo urbano, que nos lleva hacia ciudades

**LA CIUDAD
INVISIBLE: OTRAS
IMAGENES DE SANTAFE
DE BOGOTÁ**



Fuente:
Ediciones Enda América Latina
Foto: Fred López

insustentables? No lo creo, pero debemos cambiar de lentes para analizar la problemática de nuestras metrópolis y proponer soluciones. Tenemos que volver a la humildad y reconocer que los cambios sociales ocurren a un ritmo tan rápido, que no entendemos mayor cosa. Tenemos que volver a la etnología urbana, a las lecturas multidimensionales, contradictorias y multifacéticas, a la magia del autodescubrimiento.

En el campo del manejo ambiental de la ciudad y de sus desechos, estamos apenas al comienzo de un análisis de las lógicas en presencia, intentando seguirle el hilo a fenómenos con largas raíces. La primera tarea consiste en sacar muchos hechos y personajes de la invisibilidad, la segunda en aprender a renombrarlos, y a proyectar esta lectura hacia nuevos espacios.

Así como el término de «Comunas» en Medellín ha adquirido una connotación fuertemente peyorativa y, en vez de referirse a una división administrativa, evoca a las «bandas» y los «sicarios», en el centro de la capital igualmente se habla de «inseguridad», causada por la cantidad de «desechables» que deambulan, por los «vagos» e «indigentes» que rompen las bolsas de la basura y hacen «regueros» en el andén. Algunos sectores que se dedican a defender a los sectores populares, retroceden ante el «lumpen» que frecuenta las «ollas» del «Cartucho». El alcalde Juan Martín Caicedo Ferrer quien a su vez, protestaba contra la congestión de las principales vías de Bogotá y se la atribuyera a las bicicletas, a los «carros de balineras» y a las «zorras», entregó las basuras, que la empresa municipal es incapaz de recoger, a unos consorcios privados que se las disputan con los «cartoneros». Con buldózers, mandó a desalojar a los libreros ambulantes a nombre de la recuperación del «espacio público». De noche, circulan los grupos de «limpieza social» convencidos de participar a nombre de la «ciudadanía» en el saneamiento de esta sociedad en crisis, al hacer desaparecer sus elementos «indeseables», «antisociales». El transeúnte anónimo, cruza la calle rápidamente, en este espacio peligroso que lo separa de su dulce hogar.

**LA CIUDAD
INVISIBLE: OTRAS
IMAGENES DE SANTA FE
DE BOGOTA**



Fuente:
Ediciones Enda América Latina
Foto: Cecilia Posada

Este panorama es el concentrado de los lugares comunes y hechos reales producidos por la prensa, los medios de comunicación masiva y las conversaciones desprevenidas de buen número de habitantes de la capital. Podríamos dar una lectura completamente diferente de este mismo cuadro, al cambiar el ángulo en la toma de esta fotografía: mirando la realidad desde la calle o poniéndonos a escuchar lo que nos dicen sus protagonistas; a través de su lenguaje verbal, corporal y sus acciones, descubrimos otro mundo.

LA CALLE: UN ESPACIO COLONIZADO

Se estima que en las calles de Bogotá viven unos 4.000 niños y jóvenes, trabajan y/o duermen unos 8.000 recuperadores de cartón y desechos, y unos 20.000 vendedores ambulantes. Para ellos la calle es un lugar de vida, un lugar de trabajo, «una casa sin candados, puertas ni ventanas»¹, en donde las múltiples funciones del espacio público se entremezclan con funciones consideradas como privadas. Las calles de las ciudades son un escenario de competencia fuerte, a menudo violenta, para su apropiación.

El espacio público es «colonizado» por pequeños migrantes desplazados en forma violenta de las zonas rurales, o de otras zonas urbanas, quienes encuentran en él una forma de subsistencia, a través de una economía de «cosecha», una economía «extractiva»: ellos aprovechan sencillamente las oportunidades del medio sin mayor elaboración, ocupan los intersticios del tejido urbano, se dedican a las actividades no reglamentadas, toleradas o parcialmente reprimidas, se cuelan en los espacios no controlados. Empujados por la necesidad, y a pesar de la represión constante que los acosa, estos recuperadores extraen de las canecas de los barrios acomodados cantidades apreciables de materiales reciclables, los cuales terminan utilizados principalmente por grandes empresas.

Los vendedores ambulantes, lustradores, y demás trabajadores informales del «rebusque» urbano, ofrecen múltiples servicios al transeúnte peatón o motorizado. Aprovechan la «selva» urbana, su biodiversidad, su abundancia, sus diferentes estratos, sus

1 / Grupo Nueva Vida - Teatro La Candelaria. Obra colectiva «La Calle»

frutos y subproductos con la destreza y los errores del colono en el monte. Descifran los espacios e identifican a los clientes (o «los pacientes») en función de lo que les pueden sacar y se desplazan constantemente a lo largo y ancho de sus territorios. Unos disponen de territorios amplios, pero los últimos en llegar deben contentarse con pedazos reducidos en las zonas menos productivas.

Este proceso de «colonización» muy similar al que se conoce con el mismo nombre en las zonas rurales apartadas de Colombia, encuentra también fuerzas adversas cada vez más poderosas. Como en el campo, existen «terratenientes» quienes reivindican la propiedad legal o no de estos espacios, hay conflictos en torno a la apropiación de segmentos de asfalto, o a la definición de los linderos de las tierras disputadas e intervenciones de las fuerzas del orden, a nombre de la «recuperación del espacio público».

En este proceso como en el otro, los colonos pequeños llevan las de perder. No carecen del todo de argumentos y de ingeniosidad, pero la pelea se vuelve bastante dura. En los últimos tres o cuatro años, se observa cierto progreso de la «reconquista» por parte de los «terratenientes». El alcalde pasado hizo barrer a los libreros de los anchos andenes de la Calle 19 y a los vendedores de Chapinero con los buldózers poco delicados y poco interesados en las teorías del «Otro sendero» de Soto. Los recicladores callejeros son objeto de persecución constante por parte de la policía, que recurre a una gama variada y creativa de formas de amedrantamiento: quema de material o de vehículos, «impuestos», arrestos, retenciones, amenazas verbales o «paseos», golpes etc... Como los gitanos en los pueblos europeos, se les prohíbe circular, o «parchar» (acampar o concentrarse para descansar, comer, o

conversar). Si ocurre un delito en un sitio cercano, son inmediatamente detenidos, esculcados y acusados del mismo. Son la mala conciencia de la ciudad enferma.

Esta represión se ha acentuado con la intervención de los grupos de «limpieza social», grupos privados similares a los famosos «escuadrones de la muerte» de Brasil, quienes se dedican a amedrentar y asesinar a los ocupantes nómadas del asfalto, por los medios más radicales. El caso más atroz fue denunciado en 1992 en Barranquilla: los celadores de una Facultad de Medicina abastecían las salas de anatomía con los cuerpos de gentes de la calle, asesinados discretamente después de haber sido traídos con la promesa de alguna donación. Fueron 11 casos comprobados. En Pereira, el Obispo denunció el asesinato de 60 personas en poco tiempo. Las estadísticas disponibles² permiten hablar de centenares de casos anuales. Ser pobre y transitar o trabajar en la calle de noche es un delito castigado con la pena de muerte. También ser joven y parquearse en una esquina a charlar con amigos es castigable por la misma pena. La privatización del Estado, aplicado a la justicia, es un plato amargo.

EL DERECHO DE LA CALLE

¿Y qué opinan, los interesados de esta situación?

Sus relatos sobre los atropellos sufridos son impresionantes para los oídos de cualquier ciudadano «normal», pero ellos no parecen dispuestos a utilizar las herramientas convencionales del Derecho formal: denunciar los casos sistemáticamente.

Demandar a los agresores, buscar alianzas en la opinión pública,

2 / CINEP. Informe al colectivo contra la limpieza social.

cambiar de vida, escapar a este destino, salir de la calle...

Es que la calle tiene su lógica, sus valores, su ley, su estructura propia de defensa.

En la calle, lo principal para sobrevivir, es no ser «faltón», y no ser «sapo»³. Uno debe cumplir con lo que dice o con lo que se comprometió a dar y ser solidario con el sector frente a todas las agresiones del exterior.

Esto no significa que no haya conflictos, y que entre miembros de la calle no existan agresiones y deslealtades. Las sanciones aplicadas a quien falte a este código son radicales, pues la norma es clara para todo el mundo y moldea el comportamiento de aquellos que llegan a la calle y también la lectura que ellos hacen de cualquier hecho sucedido.

Vista desde afuera, la ley de la calle no es más que la ley del más fuerte, no se entiende el aparente desorden de hechos violentos constantes. Desde adentro, se comprenden mejor sus razones y sinrazones, por lo que los hechos han producido estas normas y su cumplimiento y sus consecuencias, es decir, la sucesión de obligaciones y deudas adquiridas, o «culebras»⁴ vienen estructurando formas particulares de socialización y de vida colectiva.

En estas normas no se resumen todas las características básicas de la calle. Muchos otros rasgos se deben resaltar, quizás uno de los más interesantes es la capacidad de respuesta inmediata a situaciones imprevistas, la capacidad de adaptación a los cambios, el carácter polifacético de los intereses y de las

3 / Beatriz Gómez -ILSA-ENDA.
Talleres de Derechos Humanos.

4 / Magaly Sánchez, Yves
Pedrazzini. *Malandros, bandas y
jóvenes de la calle*. Caracas. Vadell
Hermanos. 1992.

actividades de los «colonos de la calle».

Confrontados a propuestas rígidas o realizables a largo plazo, ellos aparecen como «toderistas», inestables, sin proyección, inmediatistas, rebeldes. Pero esto puede entenderse como una reacción estructural y cultural del medio a condiciones adversas de supervivencia, en las cuales se debe ser capaz de aprovechar todas las oportunidades posibles, o morir. Esta capacidad vital es una cualidad esencial en la calle y en los sectores populares; tiene el inconveniente de no profundizar en nada en especial, pero ¿para qué, si la perspectiva de vida es tan corta?...

Los proyectos educativos hacia el sector plantean realizar ganancias en estabilidad, en durabilidad, en profundización de conocimientos. Si lo hacen sin reconocer en estos rasgos un mecanismo importante de adaptación, cometerían un grave error y fracasarían rápidamente. Ampliando la mirada, se podría decir que esta versatilidad es un aspecto bastante general en la sociedad colombiana, en el marco de las desiguales relaciones internacionales. En este microcosmos se acentúa y extrema esta característica.

Al reconocer en la calle unos códigos, unas normas y formas específicas, en este rápido sobrevuelo, podemos entrar a analizar algunos de los recursos e interferencias con el mundo ciudadano legal, es decir con las demás personas y autoridades que utilizan la calle con otras intenciones y funciones.

¿DE QUIEN ES LA CALLE?

Para los urbanistas, la calle, el espacio público, se caracteriza por 81

las múltiples funciones que en él se desarrollan: en la calle se circula, naturalmente, con motivaciones diversas, se trabaja, se encuentra, se distrae, se mira a los demás, se comercia, se manifiesta, se concentra la gente de todos los niveles sociales. Existen espacios especializados y espacios vetados, pero es quizás el lugar por excelencia del encuentro pacífico o conflictivo. Podríamos decir, el lugar de expresión de la biodiversidad humana, cultural y social.

Siendo de todos, con sus diferencias visibles y reconocibles, la calle en las urbes colombianas, no es de nadie. No existe sentimiento de pertenencia, en el sentido de una preocupación por el cuidado, la preservación de lo colectivo. Lo público, (lo político) está desprestigiado, el Estado benefactor nunca ha existido y los habitantes desarraigados de sus regiones de origen han reconstruido su identidad por pedazos. En esta búsqueda de identidad, los espacios de reconocimiento, de autoafirmación, están demasiado dispersos.

Las calles son del municipio, dirán algunos, es obligación del Estado poner normas de tránsito, mantener en buen estado los espacios públicos, embellecer la ciudad, equiparla, planear su desarrollo. El municipio no lo hace o lo hace parcialmente, la corrupción se lleva buena parte de los fondos disponibles, no hay credibilidad de la gestión pública entre los habitantes.

Como no se fomenta un modelo participativo de desarrollo urbano, tampoco existe un modelo de apropiación por estos habitantes de los espacios colectivos, ni consenso social sobre la forma de administrarlos. Las redes solidarias creadas en los barrios populares en torno a necesidades fundamentales trascienden con dificultad más allá de esas mismas necesidades concretas. El Estado fomenta la «participación de pica y pala», es decir los aportes en trabajo comunitario gratuito, pero frena la participación política, la información real, el derecho a pensar, criticar, opinar, proponer cambios fundamentales, y los recursos para estimularlos.

De manera que lo privado, lo personal, lo concreto tiene mucho más piso que lo colectivo, lo público, el reconocimiento al otro.

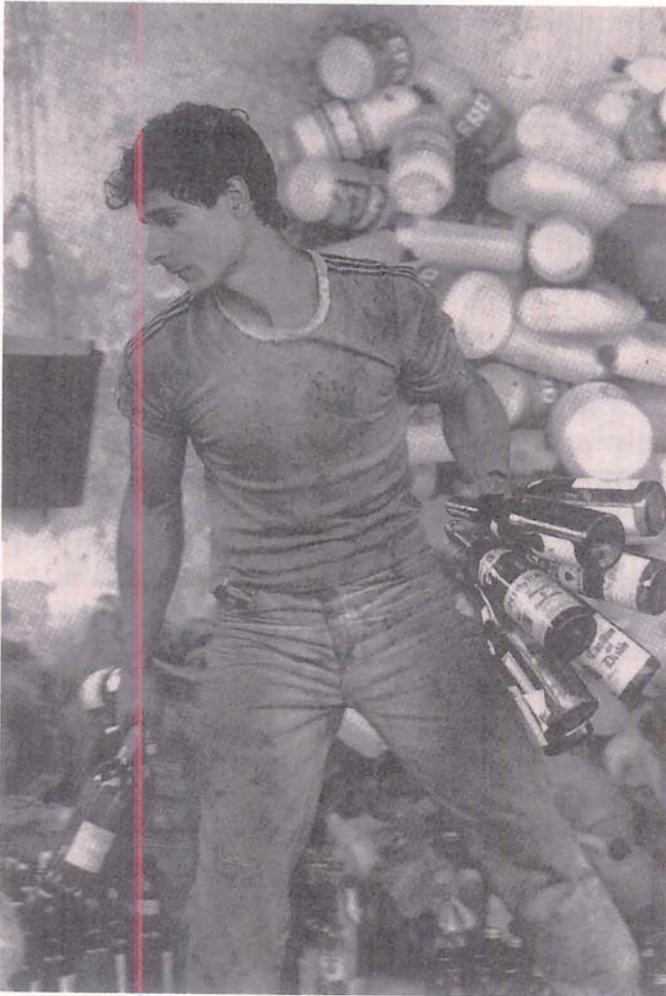
La calle, por lo tanto, es un espacio abstracto del cual cada uno intenta sacar provecho individual sin buscar o sin reconocer la mediación de las autoridades. Aquellas representan tan estrechamente los intereses de una fracción de los habitantes, en términos de obras, presupuesto, derecho a circular, desarrollo de la vivienda, infraestructuras etc., que no juegan, ni se les exige que lo hagan, su papel regulador de los diferentes intereses. Las fuerzas colonizadoras están directamente en presencia, con el resultado anotado anteriormente. De su capacidad de ocupación y resistencia en el terreno, depende el derecho de cada cual a usar el espacio colectivo. Los hechos anotados anteriormente nos llevan a pensar que se está dando un movimiento de «reconquista» por parte de intereses económicos poderosos tanto en las periferias como en el centro de las metrópolis.

LAS BASURAS, ¿UN RECURSO DE LA CALLE, PARA LA CALLE?

Según el Código Sanitario, solamente pueden tocar las basuras quienes tienen autorización municipal. Esta norma tiene un objetivo sanitario o higiénico, y muchas consecuencias económicas y sociales.

Las basuras son constituidas por los desechos de la actividad y del consumo humano, depositados por sus usuarios en la vía pública en forma definida por las autoridades, para que éstas resuelvan cómo deshacerse de ellos. Estos desechos han sido objeto de una primera selección interna en recintos privados: cada hogar «recicla» en forma espontánea muchos elementos u objetos, a los cuales encuentra un segundo o tercer uso. Aquello que definitivamente no se quiere conservar, se devuelve a la calle. La progresión de la producción de bienes manufacturados, del «consumismo» y de los objetos de un solo uso (comúnmente denominados «desechables») hacen aumentar irrisistiblemente el volumen de las basuras en la calle. Esta situación es aprovechada por los habitantes más pobres de la calle quienes han manejado desde decenas de años, en el barrio El Cartucho, un mercado de objetos de segunda mano, situado al lado del centro comercial más denso y populoso de la ciudad, San Victorino. El reciclaje nace de la pobreza y sobrevive hoy gracias a la alianza contradictoria del consumismo y de la extrema

**LA CIUDAD
INVISIBLE: OTRAS
IMAGENES DE SANTAFE
DE BOGOTA**



Fuente:
Ediciones Enda América Latina
Foto: Cecilia Posada

pobreza. La cadena del reciclaje moderno se ha desarrollado en Bogotá por el aumento de la demanda de algunas grandes industrias, las cuales han sabido utilizar los circuitos informales o populares pre-existentes. El papel de éstos es el de drenar a bajo costo el material recuperable, que unas grandes empresas transforman en nuevos productos. En el caso del vidrio, existen dos circuitos paralelos: el circuito de botellas y envases enteros, permite al sector popular recuperar un valor agregado mayor que cuando negocian con materia prima de segunda. El otro circuito ha sido creado completamente por la industria, con «una infraestructura de retorno» que le permite captar volúmenes significativos de vidrios rotos, como materia prima antes desperdiciada.

La lógica actual del reciclaje es esencialmente económica y social. No responde a un progreso del «desarrollo sostenible» o de una visión ambientalista. Y su futuro depende de la articulación de los diferentes actores, es decir de la fuerza de cada cual en el mercado, en un contexto de apertura económica, de privatización de la recolección de las basuras, de competencia acentuada y de colonización del espacio público.

Los 8.000 recuperadores callejeros drenan hacia la industria aproximadamente la mitad de lo que se recicla en Bogotá, o sea unas 350 a 400 toneladas por día. Comparadas con las cantidades recogidas por los consorcios privados (578 toneladas diarias en promedio para Ciudad Limpia durante 1991), y con los precios pagados por el distrito (28.000 pesos para éste y 15.000 pesos para los otros dos, por tonelada, precio que varía según el recorrido hasta el relleno sanitario), aparece que los recuperadores prestan un servicio gratuito para el distrito⁵. Además el material

83

5 / Angela Silvestre. Charlas con ENDA A.L.

**LA CIUDAD
INVISIBLE: OTRAS
IMAGENES DE SANTA FE
DE BOGOTÁ**



Fuente:
Ediciones Enda América Latina
Foto: Claudia Rubio

que recuperan no se debe enterrar, lo cual le ahorra al distrito el costo de la disposición final y alarga la vida útil del relleno sanitario.

Cuando miramos las actividades de los recuperadores de desechos, se nos superponen varias miradas, sin que logremos sintetizarlas. Podríamos decir que tenemos un sistema de recuperación y reciclaje de alta eficiencia, y que Colombia ha logrado altísimos índices de reciclaje de cartón y vidrio. Pero

también vemos el estilo artesanal de su trabajo, el esfuerzo físico sobrehumano requerido para empujar los «carros de balineras» en caravanas interminables a través de la ciudad, la miseria de los niños criados en medio de la basura, la falta de herramientas y vehículos adaptados al trabajo. Los beneficios del reciclaje para el medio ambiente y para las finanzas municipales contrastan con la represión y persecución permanente que los obliga a replegarse en los rincones olvidados o a aceptar con una mezcla de rabia, rencor, resignación y fatalismo su suerte. Sin embargo, su resistencia física, al dolor, a la enfermedad, su independencia, su capacidad para aferrarse a la vida y no dejarse morir, su forma de habitar, recorrer la ciudad y de explotar las cosechas urbanas⁶, no dejan de sorprendernos.

Precusores espontáneos en ciudades que deberán algún día reducir sus derroches, los recuperadores callejeros nos dan sin discursos unas lecciones de ahorro, de ingeniosidad y de supervivencia. ¿Será por eso que los castigamos? Por mostrarnos su risa, su insolencia, sus conocimientos de los pormenores del consumismo de los ricos, adquiridos al esculcarles las canecas de basura, su terquedad en ir a contravía en las grandes avenidas dedicadas al culto del automóvil, su forma de ocupar la calle y vivir de ella. ¿Será que nos toca algo adentro, que vemos la otra cara del estilo de desarrollo que hemos adoptado, que nos tropezamos en los andenes con nuestra mala conciencia?

Quizás, al iniciar un diálogo con ellos, podemos aprender algo, algo sobre la dignidad humana, algo sobre nosotros, algo sobre nuestro futuro.

6 / Angela Silvestre. Charlas con ENDA A.L.